

Que siendo la epidermis la cubierta más fuerte que sostiene la pulpa en donde se intercalan las filas de hebras textiles de la planta, la maquinaria que sirva para separar el filamento sin desperdiciar las fibras que ocupan los bordes, que son más cortas, debería empezar por triturar esta cubierta, esprimiendo los jugos abundantes que contiene la pulpa, y por otro procedimiento, eslabonado á la misma máquina, limpiar la parte pulposa que se le hubiere adherido. De esta manera, la producción sería abundante y se evitarían las constantes mutilaciones á que dan lugar las ruedas raspadores que hasta hoy se tienen en movimiento para este beneficio, y el desperdicio de tanto filamento que cae envuelto entre la pulpa.

Hecelchakan, Mayo 5 de 1883.—*S. Guzman Mestre*, agente de agricultura de la Secretaría de Fomento.

II

CULTIVO.

Clases de henequen y terrenos en que debe sembrarse.

Doy á conocer por ahora siete clases de henequen, con los nombres indígenas que conservan, á saber: Chelen, Yaxqui, Sacquí, Chucumquí, Babquí, Quitamquí y Cajum. El Chelen es silvestre y se produce en nuestros campos, y con abundancia en los terrenos pedregosos de la Costa. Es tenido por el de primera clase, porque su filamento es blanco, fino, pesado y el más fuerte que se conoce; y sería tan abundante como el Sacquí, si se atendiera su cultivo. El primero que ha empezado á cultivarlo es D. Tomás Mendiburu, vecino de la villa de Motul, que hace años trasplantó trescientas matas á la isla de Cosumel, junto con otras tantas del llamado Sacquí. Asegura que se halla tan crecido como éste, produciendo igual cantidad de filamento de superior calidad, y que es menos delicado y costoso en su trasplatación y cultivo. El Yaxqui es tenido por el de segunda clase. Le llaman Yaxqui porque es de un verde aterciopelado, más oscuro que el del Sacquí. Sus pencas son más cortas, y aunque no tienen la abundancia de filamentos que el Sacquí, le aventaja á éste en suavidad, finura y fortaleza. Los terrenos más propios para trasplantar el Yaxqui son los fértiles sin piedras, como son los que se destinan para la caña dulce, y se encuentran en Valladolid, Tihosuco, Chemax, Colonchen y otros pueblos en que casi solo se conoce esta clase y se destina particularmente á hermosas y finas hamacas, que, aunque costosas, son de mucha estimación. Creo que en los arenales de la Costa se propagaría también con buenos resultados. En tercera clase se considera el Sacquí. Este nombre indígena equivale á henequen blanco, no por lo blanco, flexible, largo y abundante de su filamento, sino porque el verde de la planta es más claro que el de la anterior. Los terrenos más propios para esta clase de henequen son los pedregosos, conocidos con el nombre indígena de Chichlum, y los arenales

de la Costa. El Sacquí es al que más principalmente se ha atendido en su propagación y el que por ahora forma la exportación, en rama y facturado.

Se gradúa á veinte pencas, surtidas de todos tamaños, el peso bruto de una arroba; que después de bien raspadas dan una libra de filamento.

El de cuarta clase es el Chucumquí. Es casi igual al Sacquí, con la diferencia de ser la planta más dura, gruesa y larga, y su filamento más pesado, grueso y menos flexible que los demás. Sin embargo, en el cultivo no se ha hecho diferencia entre los dos. Se produce en los terrenos pedregosos y arenales de la Costa. Al de quinta clase le llaman Babquí. Es semejante al Sacquí, pero tiene dobles pencas y más delgadas, produciendo por lo tanto menos filamento, aunque de mejor calidad. Al de sexta clase le llaman Quitamquí. Es de penca corta delgada y de poco filamento, por lo que no es apreciable. El Cajum se considera en la séptima clase. Se produce con escasez en las inmediaciones del mar. Es de penca larga, delgada como la pita, de color pajizo, y para sacarle algún filamento es necesario cortar las pencas más delgadas cerca del cogollo, y asarlas para poderlas raspar. Con esta operación se consigue hacer más fuerte su filamento, según asegura D. Tomás Mendiburu. También se usa la penca asada con preferencia al Sacquí, para hacer tiras y amarrar el sacate que sirve para la cobija de las casas.

Preparación del terreno para trasplantar el henequen.

Destinado el lugar en que se deba poner un plantío de henequen, se cercará á escuadra, ya sea provisionalmente con buen cerco de madera de dos varas de alto, ó de siete cuartas si fuere de albarrada de piedra. Se desmontará el terreno en el mes de Agosto á Diciembre, procurando que se destronquen bien los árboles para quemarlos en Abril. Después de la quema se volverán á quemar dichos troncos para evitar que retoñen. A la caída de la lluvia se sembrará de maíz, frijol, etc., para aprovechar el producto de estos granos. Al año siguiente, en el mes de Abril, se chapeará como es costumbre dicho terreno, y se volverá á quemar, procurando destruir en lo posible todos los troncos y raíces de los árboles que hubiesen retoñado en el año anterior, no olvidándose de reforzar el cerco. De este modo queda preparado el terreno para recibir los hijos del henequen; pero sería mejor sembrar el referido terreno por segunda vez con maíz, frijol, etc., y volverlo á chapear y quemar en Abril del tercer año.

Siembra ó trasplante del henequen y distancias á que deben colocarse las plantas.

En los meses de Abril y Mayo se irán abriendo los hoyos como de una cuarta de diámetro y media de profundidad, en hileras distantes tres varas unas de otras, y otras tantas de tronco á tronco sobre las hileras, de modo que entren en un mecate ¹ cuadrado sesenta y cuatro troncos. Hay varias opiniones respecto de las distancias que deben tener un tronco de otro; pero la más generalizada es la de tres en tres varas; mas creo conveniente dividir el plantío en cuatro, seis ú ocho lotes, según su tamaño, con calles de seis varas de ancho para facilitar el aseo, el corte de pencas, la extracción de los hijos, etc.

¹ El mecate tiene 24 varas de longitud y el mecate cuadrado 576 varas cuadradas.

Sin embargo de que en cualquier tiempo del año se puede sembrar el henequen, á la caída de las lluvias generales es la mejor época de colocar los hijos en sus agujeros, procurando enterrarles únicamente el tronco inferior, sosteniéndolos con tres ó cuatro piedras para que queden bien perpendiculares. En Junio se puede hacer esta operación despues de caída la lluvia. Se puede meter al caballo para que pague y limpie toda la yerba luego que arraiguen bien los troncos. Pueden ahorrarse algunas desyerbas por este medio; pero si no se metiere al caballo, es necesario desyerbar en Julio y Noviembre, siendo á coa los primeros años; porque se consigue con esto preparar el terreno para que las plantas crezcan pronto, se robustezcan y produzcan muchos hijos. Si no se pudiese desyerbar á coa todo el plantío, se hará aunque sea el contorno de cada tronco, dándole la extensión de una vara de radio de ella: los hijos del henequen que van á servir para trasplantar, se esperará que hayan caído dos ó tres aguaceros para extraerlos con raíces de los planteles ó semilleros y colocarlos en sus agujeros como queda dicho, procurando sembrar inmediatamente cada día todos los que se arranquen, con mucho cuidado. Es increíble el adelanto que se tiene por este medio. Se puede asegurar que es lo menos el de un año.

Hijos del henequen.

El tamaño más propio para trasplantar los hijos del henequen, es el de media vara ó tres cuartas de alto, conviniendo en todo con lo que dicen los Sres. D. José Simon y D. Fernando Raveill, vecinos del pueblo de Timucuy, en una carta fechada el 28 de Mayo de 1856, dirigida á la agencia del Ministerio de Fomento, contestando á la consulta que les hizo sobre varios puntos de este interesante ramo. Así se explican: "El tamaño más propio para las siembras es el de media vara hasta tres cuartas ó más, por muchas razones: porque es más productiva y pronta en dar hijos, mientras más pequeña, multiplicándose éstos al infinito, yendo adelante el crecimiento de la planta en todo su vigor hasta llegar á ofrecer sus primeras hojas más de una vez, formando el tronco un mazo gordo semejante á la piña, porque el arraigo es demasiado tarde, y se pasan dos ó tres años sin que la planta produzca bien, por la lentitud de su desarrollo: y si por acaso da uno que otro hijo, todo es bien tarde, manteniéndose lánguida por mucho tiempo.

"Para confirmar esto añadiré: Preparé un corto terreno en Mayo del año último, caído el primer aguacero á principios de Junio corté treinta y cinco matas apenas de dos palmos escasos cada una, que sembré acto continuo, sin dejar de observar día por día su arraigo, hasta que á las tres semanas me lo anunció el libre desenvolvimiento de sus hojas, procurando permitir siempre el aseo, cuidando que la enredadera silvestre no molestase al plantelito; de suerte que, á principios de Diciembre noté al rededor de cada mata los primeros pitones que anunciaban su multiplicación: y al escribir esto he contado en treinta matas ciento tres hijos, entre ellos muchos de más de un palmo, bien fornidos y llenos de vida, que parecen competir en su crecimiento con la mata que los produjo, sin dejar de decir que ésta, como las otras, tienen ya de crecidas más de tres cuartas, y algunas de á vara, habiendo quedado solamente dos matas de las treinta y cinco sembradas, sin empezar á dar hijos, siendo también hermosas en su crecimiento."

Semilleros.

Se destina un lugar de buena tierra y que no tenga ninguna sombra, para ir colocando los hijos como de una cuarta de alto, de los que estén muy apiñados junto á las madres, porque se perjudican unos con otros en la nutrición, así como también perjudican á la madre. Seguirán entresacándose para que los que queden estén separados como de media en media vara. Los que se hubiesen sacado se llevarán al lugar destinado para el semillero, poniéndolos de vara en vara. En este lugar es fácil desyerbarlos á coa cuatro ó cinco veces al año, y en el verano regarlos bien cada ocho días, del modo que regamos nuestras calles. Con este cultivo levantarán más pronto que si estuviesen junto á las madres. Cuando tengan tres cuartas, se sacarán del semillero para trasplantarlos, cortándolos con el tronco principal ó la cepa que forma, dejando las raíces en la tierra, que se enterrarán bien en el acto. En el mismo lugar se irán reproduciendo los hijos, siguiendo con el mismo cultivo.

De las varas ó bobes, y de los hijos que producen éstos.

La señal de ir terminando la existencia de un tronco de henequen, es que le sale una vara en el cogollo, á que llaman los indios bob.¹ Si se deja crecer, llega á la altura de doce á diez y ocho piés. En la parte superior echa unas ramas con flores. Cuando empieza á salir el bob y tiene fuera como una ó dos varas de alto, es cuando acostumbran cortarlo para evitar que florezca, porque es indudable que sus flores perjudican á las plantas que están á su rededor. En algunos troncos muy viciosos, en los ligeros nudos que tiene el bob se ven aparecer unos hijuelos, semejantes en todo á los que se producen al pié de los troncos. Estos hijos van creciendo, y antes de que se empiece á secar el tronco, crecen hasta más de una cuarta de largo. Ha habido bob al cual le he quitado quince hijos y los he trasplantado. Tienen cuatro años y han crecido lo mismo que si hubiesen sido tomados de las raíces. Tienen el mismo filamento, y también han producido hijos de los troncos. Estos se pueden aprovechar reuniéndolos en los semilleros.

También en las raíces del bob, en donde florece, se suelen presentar hijuelos, cuyo tamaño no lo he visto mayor de una pulgada. Antes de que se seque el bob, se puede bajar y poner en semillero, asentando las matitas sobre la tierra porque no tiene pié para enterrarle. De un solo bob tomó mi amigo D. Antonio G. Rejon unos seiscientos hijos, habrá unos cuatro años, y de los pocos que se cuidaron aún quedan unos cuantos como de una tercia de alto, de crecimiento raquítico.

De sus enemigos.

Todos los animales cuadrúpedos de pezuña, comen los hijos tiernos del henequen, como el ganado vacuno, los cochinos, venados, cabras, etc., y algunos

¹ Este eje floral los cultivadores del maguey en los llanos de Apam le llaman quiote.

de ellos, cuando les falta pasto verde y apura el verano, acometen hasta á las hojas grandes para mascar y chuparles el jugo. El caballar, aunque no lo comen, trilla el terreno y mata los hijos. El insecto de la familia de los escarabajos, llamado en lengua maya Max, taladra cerca del cogollo para comerse lo más tierno. La tusa, que es una especie de rata, come las raíces. El cochol y el kuxluch roen las hojas tiernas. La sombra y el desaseo le perjudican mucho.

Bien se puede comprender el modo de evitar el mal que causan la sombra, el desaseo y los cuadrúpedos. El Max se tiene que perseguir en los mismos troncos, de mañana y tarde, extrayéndolos de sus hoyos con unos palitos aguzados, embutiendo en seguida dichos hoyos con tierra seca y una piedrecita para evitar que les entre agua. En el informe que emitió el Sr. D. Julio Gonzalez, vecino de Seyé, á la agencia del ministro de Fomento, hablando de este enemigo del henequen, dice: que debe conservarse el aseó en los planteles, y perseguir el zorrillo llamado en lengua maya Pai-och, por ser enemigo del Max, y se expresa en estos términos: "El zorrillo grande, conocido con el nombre de Pai-och, es enemigo de dicho insecto, y así se debe procurar que los perros no lo maten." La tusa se coge con trampas ó se la mata con rejalgos untados en pedazos de calabaza ú otras frutas, y los demás insectos con registrar las plantas, particularmente en la estación de las lluvias.

Hay todavía un enemigo muy terrible y que es necesario mucho cuidado con él, el indio perverso que roba las pencas en los plantíos y que también roba al tiempo de rasparlas, pues de un cadejo grueso de henequen hace dos, ó de dos hace tres, para que pase cada uno de ellos por el producto de una penca. Para evitar esto es necesario reunirlos en la casa principal para que delante del mayordomo raspen sus tarcas.

Raspadura del henequen.

Dos son los modos que hasta aquí se conocen, y cuya invención es de los indios, como se infiere de los nombres que conservan, y son: *toncos* y el *pacché*. Ambos dan igual resultado en cuanto al tiempo que se invierte para raspar bien cien pencas, que poco más ó menos es el de tres horas; pero en cuanto á la calidad del raspado y aprovechamiento de las hebras, es mucho mejor el *pacché*, porque lo menos deja de desperdiciarse del 5 al 10 por 100. El uso de este último, aunque es poco común, parece ser el más natural, susceptible de mejoras. Por ejemplo, poniéndole piés, asegurando la tabla suave que recibe la penca para que el sirviente no tenga que hacer fuerza con la barriga, sosteniendo la tabla y la penca á la vez, quedará más expedito para girar sobre ella el raspador de madera, que es de tres filos, de la figura de un prisma, de media vara de largo y con sus mangos en los extremos. Después de ser ambos modos un medio grosero, tienen la desventaja de mojar al operario con el jugo cáustico que expide la penca, causando una comezon desesperada, por lo que de parte de noche y de mañana, hasta la salida del sol, se hace este trabajo. En seguida se pondrá tendido al sol hasta el medio día para que se seque bien y esté blanco, pues si queda húmedo es fácil que desmejore en su calidad, poniéndose amarillo y algunas veces con manchas negras. No está de más hablar aquí del mal raspado que el indio llama *pájoch*. Es un engaño, ó por mejor decir, un robo, el que se hace vendiendo el henequen mal raspado, porque no es solo el filamento el que venden, sino parte del bagazo que no sirve más que para aumentar el peso y dar más trabajo á los manufactureros con detrimento de los instrumentos que les sirven. Díganlo si no los que tienen corchaderos, que han sufrido grandes mermas y han perdido sus peines; díganlo los comerciantes que han tenido reclamaciones del

mercado extranjero. ¿Y cuál será el resultado si se sigue tolerando esta malísima fé? Que irá en decadencia este ramo que nos está favoreciendo. No se necesitan muchos esfuerzos para evitarlo; con pocos y severos castigos se remedia este mal de grave trascendencia.

Se ha notado que los compradores no distinguen, como corresponde, la calidad del raspado, pues en el día han pagado á 7½ reales con demanda, la arroba del muy mal raspado, y á 8 reales el superior, en tiempo de que el vendedor ahorra un real en arroba en el primero y tiene además una tercera parte de aumento en el peso, por cuyo aliciente de consideración, lejos de evitarse este mal se va aumentando.

José Dolores Espinosa.